

Enrique Florescano

**Independencia,  
identidad y nación en  
México: 1818- 1910**

El 27 de septiembre de 1821 el general Agustín de Iturbide, al mando del Ejército Trigarante, hizo su entrada triunfal en la capital del país y el 28 de septiembre del mismo año se instaló la Soberana Junta Provisional Gubernativa. Ambos acontecimientos culminaron el movimiento de independentista iniciado por el cura Miguel Hidalgo en 1810.

Después de diez años de guerra la entrada de Iturbide y del Ejército Trigarante en la ciudad de México vino a ser la primera celebración colectiva y una fiesta popular (Fig. 1). Estos acontecimientos y la proclamación formal de la independencia fijaron un modelo, una forma popular de recordación histórica y un calendario cívico que se habría de consolidar en los años siguientes.

El 28 de septiembre de 1821 el Ejército Trigarante recorrió las principales calles de la ciudad, encabezado por el general Agustín de Iturbide (Fig. 2). En la vanguardia iban "las parcialidades de indios, los principales títulos de castilla, y crecidísimo número de vecinos de México". En distintos momentos del recorrido las autoridades de la ciudad y la población le rindieron honores a los libertadores. La avanzada del ejército fue recibida por el ayuntamiento con un arco triunfal y la entrega a Iturbide de las llaves de la ciudad (Fig. 3).

En este recorrido flanqueado por multitudes, dice un testigo que, "no se oyeron otras expresiones que las de viva el padre de la patria, el libertador de Nueva España [...] El segundo objeto de la admiración de las gentes fue el Ejército Trigarante compuesto por ocho mil hombres de infantería y diez mil caballos... "

Carlos María de Bustamante, el cronista que narró la gesta independiente, relata que luego de este recorrido los jefes del ejército, los miembros del ayuntamiento, los representantes indígenas de las parcialidades y los Títulos de Castilla, se trasladaron a la catedral, donde "se entonó el *Te-Deum* por el señor arzobispo". Al día siguiente se instaló la Junta Provisional Gubernativa y se declaró la independencia, en el salón de acuerdos del antiguo palacio de los virreyes. Luego, los miembros de la Junta "se dirigieron a la Iglesia catedral, donde cada uno, poniendo la mano sobre los Evangelios, juró cumplir fielmente el Plan de Iguala". Por la noche, la Junta dio a conocer el Acta de Independencia que declaró a México nación soberana e independiente.

El rasgo significativo de esta celebración es que en el mismo año en que se festejó la independencia en la capital del país fue celebrada en el resto del territorio. En el mejor estudio sobre los actos que saludaron la Independencia, el historiador colombiano Javier Ocampo mostró que su celebración se realizó en todo el territorio. En las ciudades y pueblos del interior la fiesta popular hizo pública la separación política de España y su celebración en los rincones más alejados dio a conocer la buena nueva a los diferentes sectores sociales.

## LOS NUEVOS RITOS Y CALENDARIOS DE LA NACIÓN

El antecedente de la fiesta colectiva en México se remonta a la conmemoración religiosa. El primer festejo de la nación independiente recoge las formas y los símbolos de la celebración religiosa, pero les otorga un nuevo sentido y hace aparecer otros actores, espacios, tiempos e imaginarios.

Los actores de la nueva ceremonia cívica son el héroe libertador, el Ejército Trigarante y la nación independiente. Iturbide y su ejército ocupan el espacio central de las ceremonias, hacia ellos converge la aclamación popular y son los personajes más representados en los carros alegóricos, arcostrunfales, pinturas y escenas que reproducen en forma realista o simbólica la liberación de la patria. En casi todos los escenarios se representa a la nación bajo la figura de una joven indígena que es liberada de sus cadenas por Iturbide, o es conducida por el héroe hacia el sitio más alto (Fig. 4).

Los antiguos recintos, planeados para celebrar otras ceremonias y héroes, se transforman y le dan cabida al nuevo culto patriótico. Un ejemplo de estas transformaciones es el de la plaza mayor de la capital, donde se levantaba la estatua ecuestre de Carlos IV. El 27 de octubre, con motivo de la jura de la independencia, la estatua fue cubierta para festejar en ese mismo sitio la separación con la monarquía española (Fig. 5).

Estos actos muestran el entrelazamiento de tradiciones antiguas con concepciones políticas modernas. En la capital y en las ciudades del interior, al mismo tiempo que se hace repicar las campanas para festejar la independencia, se multiplican los proyectos que proponen erigir estatuas, columnas, pirámides y obeliscos republicanos dedicados a honrar a los héroes (Fig. 6).

Como ocurre con otros movimientos políticos, en la insurgencia mexicana el manejo del tiempo y la fijación del calendario revolucionario son actos imperativos no admiten más fechas y conmemoraciones que las que dicta el movimiento triunfador. Por esa razón la fecha de la consumación de la independencia por Iturbide fue asumida como la definitiva del proceso insurgente y como el momento fundador de la nación.

Los independentistas de 1821 proclamaron el 27 de septiembre el día del nacimiento de la nación, borraron el 16 de septiembre de 1810, y olvidaron las efemérides que los primeros insurgentes habían proclamado momentos gloriosos de estas gestas revolucionarias. Las acciones de los iniciadores del proceso de emancipación fueron caracterizadas como fases negativas como actos en los que imperaba la violencia, la destrucción y la guerra civil (Fig. 7).

A esas fases destructivas se opuso la bondad del movimiento de Iturbide, dirigido por los principios de conciliación y unidad que culminaron en una revolución sin efusión de sangre.

## LOS SÍMBOLOS DE LA NACIÓN LIBERADA

La fiesta revolucionaria produce también nuevos símbolos e imágenes visuales (Fig. 8). Los primeros insurgentes, Hidalgo y Morelos, eran sacerdotes y le dieron a sus ejércitos símbolos religiosos como estandartes. Iturbide, en cambio, formado en el ejército realista que combatió a los primeros insurgentes, se vale de símbolos militares para difundir sus programas emancipadores (Fig. 9). Como se ha visto, convierte la parada militar en centro de la admiración pública y en celebración colectiva. Promueve también la parafernalia de las insignias, los uniformes, las galas y el boato que en adelante caracterizaran al caudillo militar.

A Iturbide se debe también la institucionalización de uno de los primeros símbolos nacionales: la bandera (Fig. 10). El Plan de Iguala que dio a conocer en 1821 descansaba en tres principios: "la conservación de la religión católica, apostólica, romana, sin tolerancia de otra alguna; la independencia bajo la forma de gobierno monárquico moderado; y la unión entre americanos y europeos. Éstas eran las tres garantías, de donde tomó el nombre el ejército que sostenía aquel plan, y a esto aluden los tres colores de la bandera que se adoptó" (Fig. 11). El color blanco simbolizaba la pureza de la religión, el encarnado la unión de los americanos y españoles, y el verde, la independencia.

Quando se derrumbó el Imperio de Iturbide, el Congreso adoptó la república federal como forma de gobierno y convirtió los antiguos emblemas de la patria en emblemas de la nación. En la Constitución Federal de 1824 se ve el águila, combatiendo con la serpiente, sin corona, parada sobre el nopal heráldico que brota del montículo que emerge de la laguna (Fig. 12). La república mantuvo la bandera tricolor del Ejército Trigarante y esta bandera fue el símbolo representativo de la nación independiente. Era la imagen visual que en los actos públicos identificaba a la patria liberada y expresaba los sentimientos de unidad e identidad nacionales. Fue el primer emblema cívico, no religioso, que unió a la antigua insignia de los mexicas con los principios y las banderas surgidas de la guerra de liberación nacional.

Los sentimientos patrióticos tradicionales, la idea de compartir territorio, lengua, religión y pasado, se integraron al proyecto moderno de constituir una nación soberana dedicada a la persecución del bien común. Apoyada en la insurgencia libertaria y en el pensamiento político moderno, la nación se asumió libre y asumió un porvenir para realizar en él un proyecto histórico propio, centrado en el Estado autónomo y en la nación soberana. A su vez, la transformación radical del presente y la creación de un horizonte abierto hacia el futuro, modificaron la concepción que se tenía de la memoria de la nación.

La independencia política de España y la decisión de emprender un proyecto colectivo, crearon un sujeto nuevo de la narración histórica: el Estado nacional. Por primera vez, en lugar de un territorio fragmentado y gobernado por poderes extraños, los mexicanos consideraron su país, las diferentes partes que lo integraban, su población y su pasado como una entidad unitaria. A partir de entonces, más allá de las pugnas políticas y de las contradicciones internas, la nación se contempló como una entidad territorial, social y política que tenía un origen, un desarrollo en el tiempo y un futuro comunes (Fig.13). El surgimiento de una entidad política que integraba en sí misma las diferentes partes de la nación fue el nuevo sujeto de la historia que unificó la diversidad social y cultural de la población en una búsqueda conjunta de identidad nacional.

### **IMÁGENES DE LA PATRIA EN LA ERA REPUBLICANA**

El fugaz imperio de Iturbide concluyó de manera catastrófica en marzo de 1823. Ante la precipitada abdicación del emperador el Congreso adoptó la república federal como forma de gobierno, una decisión que transformó los antiguos emblemas de la patria. En la Constitución Federal de 1824 el emblema que aparece en el escudo nacional es el del águila combatiendo con la serpiente. Sin embargo, aun cuando el escudo del águila y el nopal y la bandera tricolor serán en adelante los emblemas oficiales de la república, la imagen que representa a la patria en el siglo XIX es la de una mujer mestiza, adornada con collares de perlas y vestido vermáculo, y acompañada por el carcaj, las flechas y el cuerno de la abundancia que alude a su riqueza. Tal es la imagen canónica de la patria mexicana que veremos reproducirse a lo largo del siglo con ligeras variantes.

Una "magnífica alegoría de México" de la primera mitad del siglo reproduce esta imagen (Fig.14). Aquí, una bella mujer de rasgos clásicos y gesto altivo, con faldellín de plumas y coronada por una diadema y un penacho tricolor, sostiene en una mano un arco y en la otra un cuerno de la abundancia. A sus pies se ve el águila y el lienzo tricolor. Otra alegoría pintada con vivos colores presenta a la patria cubierta con faldellín y capa, coronada por un tocado de plumas. La custodian cuatro banderas tricolores, y arriba de ella se ve volar un águila que sostiene en el pico una corona de laurel (Fig. 15).

Otra serie de imágenes recuerda el sacrificio de los héroes que ofrendaron su vida en defensa de la patria. Poco después de proclamada la independencia brotaron las iniciativas para honrar a los héroes, como se aprecia en una litografía donde la patria acongojada conmemora la memoria de Hidalgo, Allende e Iturbide (Fig 16). Una emotiva pintura de Felipe Castro, la *Tumba de Hidalgo*, exhibe a la patria postada ante el mausoleo del héroe (Fig. 17).

Como lo ha mostrado el historiador Carlos Herrejón, entre 1825 y 1834 el discurso cívico sustituye al antiguo sermón patriótico y la fiesta por excelencia es la celebración de la Independencia el 16 de septiembre. En los discursos que celebran este acontecimiento se atribuye a Hidalgo la gloria de haber iniciado la liberación de la patria. Desde esos años el 16 de septiembre fue considerado "el día primordial", el "umbral de la vida", e Hidalgo pasó a ser el fundador de la nación independiente.

## **IMÁGENES DE LA PATRIA EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA**

La Constitución de 1857, al resumir los ideales de soberanía política y territorial, independencia y defensa de los derechos individuales, se convirtió en emblema del Partido Liberal (Fig. 18). Al lado de este símbolo aparecieron otras imágenes y alegorías de la patria, la república y la nación. Al contrario de los emblemas anteriores, asentados en la pertenencia étnica, el territorio ancestral o en la imagen religiosa, los símbolos liberales son seculares, republicanos y cívicos. Así, uno de los efectos derivados de la derrota ante Estados Unidos fue la decisión de crear símbolos que expresaran la unidad y los valores nacionales. En 1854 las autoridades organizaron un certamen para sacar "el canto" que expresara los sentimientos patrióticos de la población. Los triunfadores fueron el poeta Francisco González Bocanegra y el músico catalán Jaime Nunó, y su canto se convirtió en el himno nacional (Fig. 19).

Los liberales de la época de la Reforma vivieron la terrible experiencia de las guerras intestinas, la invasión norteamericana de 1846 y el imperialismo francés que promovió el imperio de Maximiliano en 1864-1867. Contra esos desastres nacionales los liberales levantaron la bandera de la Constitución de 1857, defendieron las Leyes de Reforma que separaron a la iglesia del Estado, proclamaron el Estado laico y vieron en la educación el instrumento idóneo para consolidar la república liberal. Benito Juárez fue para la generación de la Reforma el defensor inquebrantable de la patria asediada y la encarnación de los ideales liberales y republicanos (Fig. 20).

Conforme se fueron extendiendo esas ideas en las acciones y los escritos de los liberales comenzaron a aparecer alegorías de la patria influidas por la iconografía francesa. Entre éstas puede citarse la casi ignorada colección de alegorías de la patria que aparece a mediados del siglo XIX y en la época de la Reforma. En contraste con las imágenes anteriores centradas en la mujer indígena, criolla o mestiza estas alegorías resaltan los símbolos políticos republicanos (Fig. 21). En numerosas imágenes que representan el escudo nacional, el poder presidencial o la efeméride del 15 de septiembre, sobresale el gorro frigio de los revolucionarios franceses de 1789. En otros grabados y pinturas la patria aparece con atavíos republicanos, o imita en su pose y en los símbolos las representaciones de la *Marianne* francesa (Fig. 22).

## **LA PATRIA UNIDA DE MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS**

La meditación sobre los orígenes y la identidad que recorre estos años condujo a una revaloración crítica de la memoria histórica. La revisión intensa del pasado y el escrutinio de las diferencias, negaciones y contradicciones que se advertían entre una época y otra, llevó a la generación de la Reforma a proponer una nueva interpretación del desarrollo histórico de la nación. José María Vigil y otros intelectuales habían observado que la condena y exaltación del pasado prehispánico, por un lado, o el vituperio del Virreinato como una época dominada por el oscurantismo religioso, por el otro, eran obstáculos formidables para el conocimiento de la propia historia, y motivo de discordia antes que de unión entre los mexicanos (Fig. 23).

Vicente Riva Palacio, el destacado político, periodista, novelista y defensor amado de la patria llegó a la misma conclusión y fue el primero en diseñar una gran empresa historiadora que le brindara unidad y coherencia a los distintos pasados del país, que entonces contendían uno contra el otro. Riva Palacio imaginó un libro que contara las diversas historias de la nación bajo un hilo conductor unitario.

El libro que diseñó habría de ser, como reza su subtítulo, una "Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual". Para su realización convocó a un grupo selecto de escritores, historiadores y editores, y con esos recursos compuso la primera gran obra colectiva del devenir histórico de México, desde los tiempos prehispánicos hasta la Reforma. (Fig. 24).

Tres rasgos abonaron el éxito inusitado de este libro. Primero, *México a través de los siglos* integró en una misma obra los distintos pasados del país. En lugar de estar distanciados o de chocar y pelear entre sí, el pasado prehispánico, el Virreinato y la época moderna comparecían unidos en este libro, formando distintas etapas de un mismo desarrollo nacional.

El segundo logro de *México a través de los siglos* fue presentar estos distintos pasados como si formaran parte de un mismo proceso evolutivo, cuyo transcurso iba forjando la deseada integración y cumplía las "leyes inmutables del progreso". La idea de evolución que predomina en esta obra le da sustento a la tesis que propone una lenta fusión de la población nativa con la europea y la progresiva integración del territorio, y hace conducir esos procesos en la fundación de la república, en la constitución de la nueva nación (Fig.25).

El tercer acierto de *México a través de los siglos* debe atribuirse a su envoltura. Sus cinco lujosos volúmenes resumían el conocimiento acumulado sobre el inmenso pasado en capítulos escritos en una prosa clara, precisa y aleccionadora. La exposición templada y ecuánime de los episodios más dramáticos que había vivido el país, aunada a la cualidad de ser la primera obra abarcadora de todos sus pasados, la convirtieron en el relato ejemplar de la historia mexicana. A estas virtudes se sumó un despliegue iconográfico que no se había visto nunca antes en libros de historia. Vicente Riva Palacio cuidó en persona que toda la obra estuviera ilustrada con dibujos, grabados y litografías del paisaje, los monumentos y las ciudades, retratos de personajes, copias de documentos, mapas, autógrafos y testimonios gráficos que por sí mismos representaban diversos escenarios de la historia de la nación (Fig. 26).

## LA FIESTA DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA Y LA EXALTACIÓN DE PORFIRIO DÍAZ

La compulsión de crearle una identidad histórica y cultural a la nación independiente fue una ambición compartida por los gobiernos conservadores y liberales. Pero sólo bajo el largo gobierno de Porfirio Díaz hubo la paz y la disponibilidad económica para imprimirle a la recuperación del pasado un nuevo aliento. Desde el primer gobierno de Díaz se manifiesta un interés decidido por apoyar el estudio del pasado remoto y se asiste a una revaloración de las culturas indígenas. Entre 1870 y 1910 las imágenes que provienen de este pasado se transformaron en iconos nacionalistas y en emblema del Estado porfiriano. Bajo la dirección del historiador Francisco del Paso y Troncoso, y con el apoyo de Justo Sierra en la Secretaría de Educación, el antiguo *Museo Mexicano* vino a ser un edificio privilegiado en el escenario cultural de la capital y un centro de acumulación de conocimientos y formación de nuevas especialistas en historia, lingüística, etnografía y arqueología.

Durante las fiestas que celebraron el Centenario de la Independencia este museo fue uno de los lugares más concurridos. Entonces se transformó su contenido y se inauguraron nuevas salas dedicadas a la historia antigua, el virreinato y la república. Por primera vez los distintos espacios del museo mostraron el desenvolvimiento histórico del país, siguiendo la secuencia cronológica establecida por *México a través de los siglos*. Pero la pieza fuerte era la Sala de Monolitos, el área más espaciosa, donde se habían reunido las obras monumentales de la Piedra del Sol, la Coatlicue, la llamada Piedra de Tizoc, un Chac Mol, la cabeza colosal de Coyolxauhqui, una serpiente emplumada y otras esculturas de grandes dimensiones (Fig. 27). Así, por obra de un cuidadoso despliegue museográfico, los monumentos de la antigüedad, sobre todo los de estirpe azteca, pasaron a ocupar el lugar de símbolos de la identidad mexicana.

En esta nueva concepción del museo la recuperación del pasado se convirtió en un instrumento poderoso de identidad nacional y el museo en un santuario de la historia patria. A su vez, la historia patria vino a ser el eje de un programa escolar que transmitió la idea de una memoria nacional asentada en un pasado compartido por los diversos componentes de la población (Fig. 28).

Así, a lo largo de un proceso complejo y mediante una imbricación entre las antigüedades, la pintura, la litografía, el grabado, el libro de historia, el mapa, el museo y los medios modernos de difusión, se creó una nueva imagen del país (Fig. 29). En las cartas geográficas el territorio apareció claramente demarcado, con la particularidad de que sus diversas regiones tenían una identidad y un pasado propios, pues una serie de estampas mostraba su rostro cambiante a través del tiempo, sus paisajes y personajes icónicos, anudados en el hilo de la historia nacional. No es un azar que poco después de la guerra de 1847 y de la invasión francesa surgiera una reconstrucción del pasado que "imaginó" a un país variado y sin embargo único en *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855), *México y sus alrededores* (1855-1856), *Las glorias nacionales* (1867-1868), *México y sus costumbres* (1872), *Hombres ilustres mexicanos* (1873-1875), hasta culminar con la suma de todas esas recuperaciones, el *Atlas pintoresco e histórico de Los Estados*

*Unidos Mexicanos* (1855) de Antonio García Cubas, publicado en 1885 (Fig.30).

El *Atlas* de García Cubas incorporó en sus páginas estos variados intentos de representar en imágenes la historia de la nación, pues fue concebido como una galería donde se escenificaba la construcción de la república. Contenía un catálogo de sus fisonomías hasta entonces reconocidas: la carta política, etnográfica (Fig. 31), eclesíástica, orográfica, hidrográfica, marítima, agrícola y minera, cada una ilustrada con sus rasgos físicos e históricos sobresalientes. Por primera vez representaba una carta arqueológica, acompañada de los monumentos notables que albergaba el Museo Nacional. Incluía también una carta política del reino de la Nueva España, escoltada por una galería de los virreyes. Así, el territorio, los distintos pasados y la variada situación actual aparecían integrados en un solo libro que desde entonces adquirió la fama de compendio de la mexicanidad, una suerte de relicario laico de lo mexicano (Fig. 32). De este modo, mediante el uso alternativo de la pintura, el periodismo gráfico, los monumentos públicos, el museo, el mapa, el calendario cívico y el libro, los gobiernos de fines de siglo imprimieron en la población la imagen de un México sustentado en un pasado antiguo y glorioso, próspero en el presente y proyectado hacia el futuro, como lo expresa con gran fuerza una alegoría de Casimiro Castro del México independiente (Fig. 33).

La celebración del Centenario de la Independencia en septiembre de 1910, vino a ser la coronación del imaginario nacionalista forjado por los políticos e intelectuales del porfiriato. Esta apoteosis del patriotismo fue cuidadosamente planeada, de tal manera que una porción del excedente económico generado en ese tiempo se aplicó a los costosos monumentos y obras públicas que entonces se inauguraron, así como a las innumerables recepciones, ceremonias, conferencias, congresos, desfiles, paseos exposiciones que hicieron de esa conmemoración la más lucida en la historia de los fastos nacionales. El Centenario de la Independencia se celebró en todo el territorio, pero los festejos significativos tuvieron lugar en la capital de la república, como lo muestra la Crónica oficial de esa efeméride.

## **LOS FESTEJOS DEL CENTENARIO Y LA EXALTACIÓN POLÍTICA DE PORFIRIO DÍAZ**

Los festejos del Centenario comenzaron el 14 de septiembre de 1910 con una gran procesión cívica formada por todos los sectores de la sociedad y un homenaje luctuoso a los restos de los héroes de la Independencia en la Catedral. El día siguiente tuvo lugar el tradicional desfile, que en esta ocasión ofreció una representación de los momentos fundadores de la nación: la Conquista, el Virreinato y la Independencia.

En la noche tuvo lugar la ceremonia del *grito*, enmarcada por la novedad espectacular de la iluminación eléctrica. El día siguiente se inauguró la Columna de la Independencia (Fig.34), el monumento que por su grandiosidad y simbolismo se convirtió en el icono de la nación moderna. En su base, esculpidas en mármol de Carrara, destacaban las figuras de Miguel Hidalgo, José María Morelos, Vicente Guerrero, Francisco Javier Mina y Nicolás Bravo, y su fuste esbelto estaba rematado por la victoria alada, el símbolo de la patria liberada. El 18 del mismo mes se inauguró el

monumento a Benito Juárez (Fig. 35) diseñado en estilo neoclásico y realizado en mármol y bronce, como la Columna de la Independencia. Mediante este monumento solemne, Porfirio Díaz, enemigo político de Juárez, reconoció la deuda que la república tenía con el impulsor de las Leyes de Reforma que establecieron los fundamentos del Estado liberal y con el defensor de la integridad de la nación frente a las agresiones imperialistas.

El Paseo de la Reforma, con sus monumentos a Cuauhtémoc, Cristóbal Colón, la estatua ecuestre de Carlos IV, la Columna de la Independencia, y el mausoleo de Benito Juárez, era una síntesis de los episodios constructores de la nación, un libro que se leía paseando y un homenaje teatralizado a los héroes de la patria. En las fiestas, inauguraciones y discursos que describe la *Crónica oficial*, las palabras canónicas fueron "independencia", "paz" y "progreso", voces similares a los lemas que identificaron el gobierno de Porfirio Díaz (Fig. 36). De esta manera la conmemoración del Centenario de la Independencia se transformó en un teatro escenificado con derroche de recursos en la capital del país y focalizado en la persona de Porfirio Díaz. En cada una de esas ceremonias emergía, en la escena final, la figura imponente del presidente de la república, cuya imagen recorría luego las capitales y ciudades del interior del país, proyectada por los medios de comunicación.

La difusión de la imagen de Porfirio Díaz en los festejos del Centenario es una obra maestra de propaganda política que merece un estudio específico como representación teatralizada del poder presidencial. Aquí sólo me referiré a las imágenes en las que Díaz aparece como encarnación de la patria, la república o la nación (Fig. 37). La *Crónica oficial* del Centenario y el *Álbum gráfico de la república mexicana*, contienen la mejor colección de fotografías en las que el presidente encabeza las ceremonias, inauguraciones, desfiles, discursos y homenajes a los héroes de la patria, a los fundadores de la república y a los defensores de la nación.

Al lado de la dilatada iconografía oficial, Carlos Monsiváis rescató una magnífica colección de imágenes populares que dan cuenta de la profundidad que alcanzó esta celebración en el imaginario colectivo. Así, una serie de estampas y platos pintados presentan la imagen de Porfirio Díaz como general victorioso, icono nacional rodeado de monumentos y personajes representativos, o presidente de la república (Fig. 28). Otras imágenes lo muestran acompañado por los miembros de su gabinete. Una colección de estampas de manufactura popular, las más numerosas durante las fiestas del Centenario, presenta el retrato del presidente Díaz acompañado de las efigies de Hidalgo, Juárez o de ambos, equiparándolo con los fundadores de la nación independiente (Fig. 39).

La clave que explica el esplendor de los festejos del Centenario es el tamaño y la fuerza alcanzados por el Estado porfiriano (Fig. 40). En contraste con el perfil disminuido de las fiestas que celebraron la Independencia en 1821 o en la época de Juárez, en 1910 son las instituciones del Estado (los ministerios o secretarías, el ejército, los gobiernos estatales y municipales y el aparato administrativo), los ejecutores del vasto programa de celebraciones. El análisis de la *Crónica oficial* de las fiestas del Centenario muestra que en estas instituciones descansó la organización del extenso programa de festejos, la coordinación de los múltiples sectores,

burocracias y grupos participantes, y la calculada efectividad de su realización. Con perfecto dominio del arte de la manipulación, Porfirio Díaz hizo coincidir el programa de festejos con la apertura de las obras realizadas por su gobierno, y con una serie de exposiciones que reunieron a los diversos sectores productivos (agricultores, ganaderos, industriales, comerciantes), y a los gremios de profesionistas (educadores, médicos, ingenieros, arquitectos). Este programa exhaustivo e incluyente culminó con la inauguración de un elenco de nuevas instituciones educativas y culturales: la Universidad Nacional, la Escuela de Estudios Superiores, el Congreso Internacional de Americanistas, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, el Museo Tecnológico Industrial, etcétera. De esta manera la celebración del Primer Centenario de la Independencia se transformó en una exaltación de las obras realizadas por el gobierno de Porfirio Díaz.

Los festejos del Centenario, además de su proyección internacional ante el cuerpo diplomático y los invitados especiales, y de su relación íntima con los miembros del gobierno el capital y la Iglesia, tuvieron una repercusión profunda en los sectores medios y populares (Fig. 41). Junto a los desfiles, verbenas, bailes, corridas de toros y estallidos pirotécnicos, la Comisión del Centenario promovió una propaganda iconográfica dedicada a estos sectores, que se tradujo en una colección de estampas que festejaban a los héroes de la patria o celebraban la Declaración de Independencia firmada el 28 de septiembre de 1821 (Fig. 42). Durante los treinta días que duraron estas fiestas proliferaron las medallas conmemorativas y las imágenes patrióticas. La rica colección de estampas, banderas, platos pintados, anillos de puros, tarjetas postales, juegos infantiles y artefactos con imágenes de los héroes de la independencia, y los emblemas de la patria, brinda una idea del alcance popular que tuvo esta celebración y del manejo que de ella hizo el presidente Porfirio Díaz.

Señoras y señores, los municipios y estados de la Federación, los historiadores y las instituciones académicas, las organizaciones políticas y la sociedad civil vamos a celebrar muy pronto el bicentenario de la Independencia. Trabajemos juntos para que la conmemoración de la fundación de la República y del Estado nacional no sea la celebración del poder o del gobernante en turno. Esforcémonos por convertir el discurso hegemónico y centralista en un espejo que refleje la pluralidad social y la diversidad regional y local que forjó a la nación. Corresponde a nosotros, los maestros, a los historiadores, a la sociedad civil, a las instituciones educativas y culturales, transformar las distorsiones ideológicas y partidistas en revaloración crítica de nuestro pasado y en revaloración política del proyecto colectivo que nació hace 200 años y sigue siendo nuestro sustento republicano y democrático.